



ESCRITOS SOBRE LOS EJÉRCITOS PERMANENTES

DAVID WOMERSLEY

Este texto constituye la Introducción del profesor David Womersley al libro *Writings on Standing Armies*, publicado por Liberty Fund (Indianápolis, 2020) dentro de la serie THE THOMAS HOLLIS LIBRARY, de la que el profesor Womersley es el editor general. *La Torre del Virrey* agradece al autor y a la editorial el permiso para la traducción.

David Womersley es profesor de Literatura Inglesa en el St. Catherine's College de la Universidad de Oxford. Especialista en la obra de Edward Gibbon, de quien ha editado su *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (Penguin, 1994) y de cuyos *Writings and Correspondence* está preparando la edición crítica para Oxford University Press, es autor de varias monografías, entre las que destaca *Gibbon and the 'Watchmen of the Holy City'. The Historian and His Reputation 1776-1815* (Oxford UP, 2002). Ha editado, entre otros clásicos, la *Vida del doctor Johnson* de James Boswell y *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift.

1

El 9 de diciembre de 1767 Thomas Hollis presentó al Harvard College un volumen de tratados que había reunido para su uso personal, compuesto por panfletos sobre los temas relacionados con el ejército permanente y la milicia.¹ Contiene las siguientes cinco entradas que, junto con los más importantes panfletos escritos a favor de la creación y el mantenimiento de tal ejército, se han incluido en la presente edición de Liberty Fund:

1. JOHN TRENCHARD, *An History of Standing Armies in England* [Historia de los ejércitos permanentes en Inglaterra], Londres, 1739.
2. Anónimo, *Reasons Against a Standing Army* [Razones contra un ejército permanente], Londres, 1717.

¹ Houghton Library, Universidad de Harvard, signatura HOU GEN *ED75. H7267.Zz753t. La fecha de la donación está registrada en un exlibris de la Universidad de Harvard impreso en el volumen.

3. “CATÓN” [Thomas Gordon], *A Discourse of Standing Armies* [Discurso sobre los ejércitos permanentes], Londres, 1722.
4. [John Toland], *The Militia Reform'd* [La milicia reformada], Londres, 1698.
5. “C. S.” [Charles Sackville, segundo duque de Dorset], *A Treatise Concerning the Militia* [Un tratado sobre la milicia], Londres, 1752.

El propósito de Hollis al enviar libros a Harvard, así como a Suiza y a otros lugares de Europa, era promover la comprensión pública de la libertad.

¿Por qué pensó Hollis que estos tratados eran relevantes para ese proyecto de educación política? Para entender la idea que subyace a la decisión de Hollis de donar este libro tan personal a Harvard, debemos empezar por revisar las circunstancias que llevaron a la composición del primero de los tratados incluidos en el volumen, *A Short History of Standing Armies in England* [Breve historia de los ejércitos permanentes en Inglaterra], de John Trenchard, publicado por primera vez en 1697 en el curso de una controversia que había comenzado a principios de ese mismo año.

LA CRISIS DEL “EJÉRCITO PERMANENTE” DE 1697-1698. María II y Guillermo III fueron coronados el 11 de abril de 1689. Solo unas semanas más tarde, el 5 de mayo, Inglaterra declaró la guerra a Francia, iniciando así un conflicto que se conocería con diversos nombres: guerra de la Liga de Augsburgo, de la Gran Alianza, del Palatinado o de los Nueve Años. En los meses siguientes Guillermo formó una coalición de naciones (Escocia, Austria, España, Saboya y algunos Estados alemanes) para frustrar lo que veía como las ambiciones de Luis XIV de la hegemonía europea y una monarquía universal.

La guerra se libró principalmente en los Países Bajos y resultó ser “una lucha prolongada, sangrienta y frecuentemente desalentadora”.² Los primeros éxitos franceses por mar y tierra solo comenzaron a ser revertidos por Guillermo en 1694 con la captura de Huy. Pero para 1696 Francia, Inglaterra y los Países Bajos estaban agotados por la tensión financiera de un conflicto tan prolongado.³ Las negociaciones secretas

² T. CLAYDON, *William III and the Godly Revolution*, Cambridge UP, 1996, p. 1.

³ “Se estima que la Guerra de los Nueve Años costó 49.320.000 libras esterlinas, unos 5.500.000 libras anuales, es decir, más del triple del nivel medio de gasto público durante el reinado de Jacobo. Todas las formas de tributación se incrementaron considerablemente, incluyendo los impuestos de capitación y un nuevo impuesto directo, el impuesto sobre la tierra (que aportó más de 19 millones de libras durante la guerra). Pero los ingresos totales de todas las fuentes durante los años de la guerra ascendieron a solo 32.766.000 libras, dejando una brecha de más de 16 millones de libras que tuvieron que ser pedidas en préstamo” (J.R. JONES, *Country and Court: England 1658-1714*, Edward Arnold, Londres, 1978, p. 65). Véase, para constatar una percepción contemporánea, Sir RICHARD BLACKMORE, *A Short History of the Last*

para lograr la paz habían comenzado ya en 1692, pero a mediados de la década las presiones económicas las dotaron de una mayor urgencia. Las negociaciones formales comenzaron en mayo de 1697 y concluyeron en septiembre. Los principales términos del Tratado de Rijswijk —todos los territorios capturados por cualquier bando desde 1688 debían ser devueltos; a los holandeses se les debía permitir guarnecer ocho fortalezas “barrera” en los Países Bajos españoles; Luis prometió no ayudar a los enemigos de Guillermo y acabó reconociéndolo como el legítimo rey de Inglaterra, y el pueblo de Orange debía ser devuelto a la Casa de Nassau— dejaron claro que se trataba de una tregua, no de una paz genuina. Se ofrecía una pausa en la que todos los protagonistas podían recobrar el aliento, pero no se ponía sobre la mesa una resolución duradera al problema del control de Europa, origen real de las hostilidades.⁴ La tregua duró menos de cinco años antes de ser interrumpida por el estallido de la Guerra de Sucesión Española en mayo de 1702.

Sin embargo, la firma del Tratado de Rijswijk fue popular entre los nuevos súbditos de Guillermo. En Inglaterra la población no se inclinaba hacia la guerra y solo los más perspicaces podrían haber visto, tras la nueva capacidad de la nación para lanzar y llevar a cabo operaciones militares en el continente, el presagio de un futuro imperial. Así que, cuando en el invierno de 1697 Guillermo regresó a Inglaterra de las negociaciones en los Países Bajos, fue recibido con aclamaciones:

Regresó a Inglaterra y el 16 de noviembre, a petición de los ciudadanos, hizo su entrada en Londres, siendo acompañado por todos los orgullosos notables. Estoy seguro de que jamás en su vida vio en un solo día tanta gente (y todos súbditos suyos) sobre cuyos afectos triunfó tanto como tantas veces había hecho sobre sus enemigos, y ojalá siempre haga lo primero y nunca tenga ocasión de lo segundo, sino que vivamos mucho tiempo bajo la benigna influencia de su reino, que ha rescatado nuestra religión y libertades de las fauces del infierno y la destrucción, batallas que tan intrépidamente luchó por nosotros y que por fin nos ha

Parliament, 1699). Michael Braddick proporciona una útil perspectiva a largo plazo: “Durante la Guerra de los Nueve Años hubo en promedio casi 117.000 hombres en servicio militar cada año (más de 40.000 en la marina y más de 76.000 en el ejército). Esto requería un gasto medio anual de casi 5,5 millones de libras. Así, aunque los impuestos produjeron 3,64 millones de libras al año, el gobierno se endeudó rápidamente. La Guerra de Sucesión española movilizó a más de 135.000 hombres (unos 43.000 en la marina y 93.000 en el ejército), con un costo de 7,06 millones de libras por año. Los ingresos fiscales alcanzaron los 5,36 millones de libras anuales, pero ni siquiera esto pudo salvar al gobierno de acumular deudas aún mayores. Al final de la Guerra de los Nueve Años la deuda era de 16,7 millones de libras. Se redujo a 14,1 millones por el estallido de la Guerra de Sucesión Española, pero para 1713 había vuelto a subir, alcanzando la vertiginosa cifra de 36,2 millones” (M.J. BRADDICK, *State Formation in Early Modern England c. 1550-1700*, Cambridge UP, 2000, p. 265). Véase también CLAYDON, *William III*, pp. 13, 233.

⁴ ODNB, s.v. ‘William III’.

devuelto junto a los consuelos y la bendición de una paz firme y honorable.⁵

Sin embargo, nadie sabía mejor que Guillermo que aquella paz era cualquier cosa menos firme. Estaba, por tanto, íntimamente decidido a retener su ejército de al menos 87.000 soldados experimentados en previsión del próximo e inminente asalto de su inconclusa lucha con Luis XIV.⁶ Pero una coalición de *tories* y *whigs* radicales —el *New Country Party*— que existía en forma embrionaria desde 1693 y que en ocasiones ya había resistido con éxito las medidas de los miembros del *Junto* que controlaba el partido Whig y que gobernaba de facto, se preparaba para reactivar el recurrente tema del resentimiento antiestuardo abogando tanto de puertas para dentro como para fuera por la disolución del ejército.⁷

Los líderes del *New Country Party* eran los disidentes *whigs* Paul Foley y Robert Harley.⁸ Su logro había sido explotar sus extensas conexiones personales en la Cámara de los Comunes para abrir canales de comunicación y cooperación no solo con *tories* desafectos como sir Thomas Clarges y sir Christopher Musgrave, sino también con *whigs* radicales de la vieja guardia disgustados por las concesiones, en postura y principios, que se habían hecho inevitables al transformar el partido, de uno de protesta y revolución a otro de gobierno.⁹ Como dirá regodeándose Toland algunos años más tarde (refiriéndose a la victoria final de Guillermo III sobre la “Whig Junto” en 1700): “Ved la inestabilidad de los consejos humanos; algunos de esos hoscos *whigs* se convirtieron en los

4

⁵ D. JONES, *A Compleat History of Europe* (1698); véase también su *A Theatre of Wars between England and France* (1698).

⁶ La estimación es de Macaulay (*The History of England from the Accession of James the Second*, ed. de C.H. Firth, MacMillan, Londres, 1915, 6: 2731). En general, está en consonancia con las evaluaciones más recientes; véase la nota 3.

⁷ El 28 de septiembre de 1697 James Vernon, uno de los secretarios de Estado, advirtió de que debía esperarse presión parlamentaria para la disolución del ejército (L.G. SCHWOERER, *No Standing Armies: Antiarmy Ideology in Seventeenth-century England*, The Johns Hopkins UP, Baltimore, 1974, p. 163). Sobre el *New Country Party*, véase J. P. KENYON, *Robert Spencer, Earl of Sunderland 1641-1702*, Longmans, Green, Londres, 1958, pp. 247-48; CLAYDON, *William III*, pp. 195-96, 202-3, y B.W. HILL, *Robert Harley: Speaker, Secretary of State and Premier Minister*, Yale UP, New Haven, 1988, pp. 25-28.

⁸ Paul Foley (1644/45-99), *whig* partidario de la *Commonwealth*, exclusionista; presidente de la Cámara de los Comunes, 1695-99. Robert Harley (1661-1724), primer conde de Oxford y Mortimer, inicialmente un *whig* de la rama de Shaftesbury, más tarde un *tory* idiosincrático; estadista. Véase MACAULAY, *History*, 6: 2743. Para una visión más amplia del episodio del ataque al ejército, véase CLAYDON, *William III*, pp. 216-17.

⁹ El relato clásico de esta transformación sigue estando en las Conferencias Ford de John Kenyon, publicadas como *Revolution Principles: The Politics of Party 1689-1720*, Cambridge UP, 1977. Para una respuesta contemporánea, véase, por ejemplo, CHARLES DAVENANT, *The True Picture of a Modern Whig* (1701).

más dóciles caballeros imaginables y no podían pensar que ningún impuesto fuera demasiado grande para el rey, ni permitirían que fueran disminuidos por su prerrogativa; utilizaban pretextos frívolos para mantener un ejército permanente a nuestro mayor peligro y carga [...] Así que estos apóstatas fueron abandonados por sus antiguos amigos y dejados al albur de su propio interés, que parecía ser tan escaso para cualquier partido que el rey sabiamente se lo cobró”.¹⁰

La discusión sobre el tamaño de la fuerza terrestre fue bien escogida para la asamblea de esta accidentada coalición de intereses divergentes y sentimientos discordantes, ya que (como Macaulay comentaría) la resistencia a los ejércitos permanentes era una bandera bajo la cual incluso los aliados más improbables podían unirse: “Un bando político nunca se cansó de repetir que la Iglesia apostólica, la burguesía leal, la antigua nobleza y el rey santo habían sido vilmente ultrajados por los Alegres y los Orgullosos; otro bando relató las atrocidades cometidas por los Corderos de Kirke y los Belcebúes y Luciferes de Dundee, y ambos bandos, coincidiendo en apenas algo más, estaban dispuestos a concurrir en su aversión a los casacas rojas.”¹¹

El primer golpe de su campaña, el panfleto *An Argument Shewing that a Standing Army Is Inconsistent with a Free Government, and absolutely Destructive to the Constitution of the English Monarchy* [Un argumento que muestra que un ejército permanente es incompatible con un gobierno libre y absolutamente destructivo para la constitución de la monarquía inglesa] de John Trenchard y Walter Moyle, se publicó en octubre de 1697, unos dos meses antes de que comenzara el debate propiamente dicho en el Parlamento. J.A. Downie ha descrito los movimientos entre bastidores que produjo la primera ola de panfletos contra un ejército permanente:

John Trenchard fue el *chef de propagande* de la oposición durante la controversia sobre el ejército permanente. Su papel puede ser documentado. Coordinó la redacción, impresión y publicación de todas las contribuciones importantes. Harley era el líder de la oposición en el parlamento. Pero sus papeles se mezclaron de vez en cuando... El contacto entre los dos hombres fue extenso y prolongado.¹²

An Argument fue respondido rápidamente por escritores que apoyaban la posición del rey y abogaban por la retención de al menos una fracción del ejército, y dos de estas respuestas inmediatas —*A Letter, Ballancing the Necessity of Keeping a Land-Force in Times of Peace*:

¹⁰ JOHN TOLAND, *The Art of Governing by Parties* (1701).

¹¹ MACAULAY, *History*, 6:2732.

¹² J.A. DOWNIE, *Robert Harley and the Press: Propaganda and Public Opinion in the age of Swift and Defoe*, Cambridge UP, 2011, pp. 32-33. Harley, sin embargo, no había sido uno de los primeros participantes en la controversia, aunque asesoró a Trenchard a medida que se desarrollaba (pp. 29 y 32).

with the Dangers that May Follow On It [Carta que sopesa la necesidad de mantener un ejército con los peligros que puede suponer], de John Somers, y *Some Reflections on a Pamphlet Lately Published* [Reflexiones sobre un panfleto recientemente publicado] de Daniel Defoe— se reimprimen en este volumen.¹³

Así que el terreno de la posterior disputa ya estaba en cierta medida delimitado y las líneas de combate definidas cuando, el 3 de diciembre de 1697, Guillermo abrió el Parlamento y en su discurso desde el trono refirió que la seguridad de Inglaterra estaría en peligro “sin un ejército”. Cuando se hizo evidente que la mayoría del Parlamento, contraria a un ejército permanente, no variaría su postura y que, por consiguiente, al menos algunas de las tropas de Guillermo tendrían que ser desmovilizadas —incluyendo la fuerza de élite de los Guardias Azules Holandeses que el rey se había traído con él en 1688 de las Provincias Unidas—, la dignidad del monarca se vio indudablemente dañada. Swift contó en su lista de aquellos “que han dado una imagen mezquina y despreciable en alguna acción o circunstancia de su vida” al “rey Guillermo III de Inglaterra, cuando acudió a rogar a la Cámara de los Comunes que le permitieran mantener su Guardias Holandeses y fue rechazado.”¹⁴

El curso de los debates posteriores en el Parlamento fue resumido por Abel Boyer en su *History of William III*, por lo que no hay necesidad de enumerar aquí las circunstancias de 1697-98. En cambio, podemos volver al trasfondo intelectual de la disputa y considerar cómo los argumentos a favor y en contra de un ejército permanente en la Inglaterra de finales del siglo XVII se comparan, por una parte, con argumentos aparentemente similares de la antigüedad y los principios de la Europa moderna y, por otra, con argumentos aparentemente similares que periódicamente estallaron en Inglaterra a lo largo del siglo XVIII. En ambos casos encontraremos que una similitud superficial en lenguaje y sentimiento disfraza importantes diferencias subyacentes.

EL TRASFONDO INTELECTUAL CLÁSICO Y PROTOMODERNO. Las cuestiones de dónde ubicar, en manos de quién colocar y cómo ejercer el poder de la fuerza militar del Estado subyacen a un tema perenne en la teoría política y se funden en un problema recurrente en la práctica.

¹³ Para una bibliografía sobre la controversia, véase L.G. SCHWOERER, ‘Chronology and Authorship of the Standing Army Tracts 1697-1699’, en *Notes and Queries* XVIII (1966), pp. 382-90, complementado por J.A. DOWNIE, ‘Chronology and Authorship of the Standing Armies Tracts: A Supplement’, en *Notes and Queries* 221 (1976), pp. 342-46.

¹⁴ J. SWIFT, *Prose Writings*, Blackwell, Oxford, 1962, 5: 85. Los Guardias Azules y Holandeses de Guillermo debían ser disueltos o enviados al extranjero, ya que la resolución del Parlamento estipulaba que solo los nativos de lengua inglesa podían servir en las fuerzas restantes (DOWNIE, *Harley*, p. 35).

Los pensadores políticos y los historiadores de la antigüedad eran muy conscientes de los peligros que podían surgir si un ejército se comprometía más profundamente con su general que con el Estado. Esa vinculación es muy natural. En realidad se trata de una vuelta al punto de partida, porque estos pensadores sospechaban que la propia sociedad civil había comenzado en la lealtad personal que sentían los soldados hacia un comandante exitoso.¹⁵ Aun así, también sabían que, para que una ciudad perdurase, el deber de la obligación, aunque quizá originado en la ascendencia personal de que gozaba un carismático *imperator* como resultado del contacto directo con sus hombres, tenía que ser institucionalizado y trasladado a la *urbs*: de ahí el fuerte componente de cultos cívicos en el paganismo clásico. Si aquella vinculación fallara, la amenaza para el estado sería grave. Sin embargo, tal eventualidad era siempre de temer puesto que, como sabían los pensadores romanos del posterior Imperio, las cualidades de un buen general eran también cualidades imperiales, naturalmente: *experto crede*.¹⁶

Para historiadores como Salustio y poetas como Lucano, el resurgir del vínculo personal de un ejército con su general, hasta el punto de que pudiera sobrepasar el patriotismo, era heraldo y compañero de guerras civiles: esos conflictos paradójicos a los que no se puede denominar *bella*, primero porque eran injustos por definición y segundo porque no recaían sobre un *hostis* externo.¹⁷ Así había sido en las luchas entre Mario y Sila,¹⁸ y así habría de ser de nuevo en las guerras civiles que se precipitaron cuando César cruzó el Rubicón.¹⁹ En conflictos tan terribles, hasta los ejércitos de la República podían estar teñidos por la herejía de una lealtad personal que habría brotado primero en sus adversarios. En el libro noveno de la *Farsalia*, Lucano relata un encuentro entre Catón y algunas de las fuerzas restantes de Pompeyo tras el asesinato en Egipto de su líder derrotado. Uno de los pompeyanos explica por qué abandonan la causa de la República:

Nos, Cato,—da veniam— Pompei duxit in arma,
Non belli civilis amor, partesque favore
Fecimus. Ille iacet, quem paci praetulit orbis,
Causaque nostra perit; patrios permette penates
Desertamque domum dulcesque revisere natos.²⁰

¹⁵ POLIBIO 6.4-6.

¹⁶ “Ducis boni imperatoriam virtutem esse” (TÁCITO, *Agricola* 30.2)

¹⁷ DAVID ARMITAGE, ‘What’s the Big Idea? Intellectual History and the Longue Durée’, en *History of the European Ideas* 38 (diciembre de 2012), p. 502.

¹⁸ SALUSTIO, *Catilina* 11.5.

¹⁹ Lucano, *Farsalia* 1.373-88; 4.501-2, 572-73; 7.285-87.

²⁰ “A nosotros, Catón —perdona—, nos condujo a las armas el apego a Pompeyo, no a la guerra civil, y por esta afección tomamos partido. Ahora está muerto aquel a quien el mundo dio preferencia sobre la paz y nuestra causa ya no existe: permítenos volver a

A lo que Catón responde con ironía mordaz:

Ergo pari voto gessisti bella, iuventus,
Tu quoque pro dominis, et Pompeiana fuisti,
Non Romana manus?²¹11

Aun así los ejércitos —*manus*— de la antigüedad, tanto si permanecían bajo el control del Estado o reservaban su adhesión para su general, se diferenciaban en mucho de los ejércitos permanentes que habrían de dominar la imaginación política de la Inglaterra de finales del XVII y principios del XVIII. Mientras el *manus* de la Roma republicana suponía de algún modo la misma amenaza esencial (es decir, que una fuerza letal diseñada para ser dirigida contra un *hostis* externo pudiera ser utilizada para coaccionar e intimidar a la población nativa), sin embargo no lo mantenían los recursos del Estado. Podían, y de hecho sucedió en ocasiones, saquear el tesoro de la República.²² Podían robar a sus conciudadanos. Pero normalmente no buscaban perpetuar su existencia como ejército. Como el anónimo soldado pompeyano al que Catón reprende, su deseo era que se les pagara, se les disolviera y se les diera permiso para volver a casa (“patrios permitte penates / Desertamque domum dulcesque revisere natos”). Así pues, la soldadesca de la antigüedad —al menos hasta el establecimiento de una fuerza militar permanente bajo el principado de Augusto— seguía siendo esencialmente una milicia aunque con el potencial de causar grandes daños en casa.

Durante la República tardía y el comienzo del Principado, la cultura militar romana cambió. En *De bello civili*, César muestra cómo en el siglo I a.C. “el fenómeno del servicio militar continuo creó vínculos inéditos entre generales y soldados”.²³ Pero la descripción de César de los soldados es ambigua en un aspecto. Aunque sus legiones se muestran notablemente leales a su comandante supremo, sin embargo, “tienen todavía la capacidad de desobedecer o comportarse violentamente. En manos de un general sin talla, debemos concluir, la jerarquía militar podría haberse deteriorado”.²⁴ En los libros que nos han llegado de sus *Historias*, Tácito mostró este proceso de degeneración militar que ocurrió durante los caóticos eventos del año 69, el año de los cuatro emperadores:

ver los penates patrios, el hogar que abandonamos y los dulces hijos” (trad. de A. Holgado Redondo, Gredos, Madrid, 2011).

²¹ “Así pues, ¿tú también, juventud armada, has hecho la guerra con una intención parecida en pro de unos y has sido un tropa pompeyana, no romana?”

²² LUCANO, *Farsalia* 3.84-168 (expolio del tesoro romano por César).

²³ S. ASH, *Ordering Anarchy: Armies and Leaders in Tacitus' Histories*, Michigan UP, 1999, p. 5.

²⁴ ASH, *Ordering Anarchy*, p. 7.

Tácito complica, y en parte invierte, la familiar imagen de los soldados volubles que gradualmente se asimilan al carácter de su comandante, ya sea honorable o corrupto. [...] Vemos que los soldados de todos los bandos desarrollan gradualmente una desconfianza en sus comandantes inmediatos, lo que prolonga la guerra al fragmentar los ejércitos y hacerlos menos eficientes como máquinas de combate.²⁵

Estos desarrollos sucesivos en el pasado clásico quizás expliquen en cierta medida cómo en los debates sobre un ejército permanente en Inglaterra a finales del siglo XVII tales fuerzas fueran caracterizadas con cualidades aparentemente contradictorias. Podían ser tanto instrumentos terriblemente eficaces en las hábiles manos de ambiciosos generales, como también hordas alarmantemente ingobernables liberadas en medio de una sociedad indefensa.

Fue Nicolás Maquiavelo quien desarrolló la discusión occidental sobre el problema político de la fuerza más allá de las formulaciones de la antigüedad. El interés de Maquiavelo en esta cuestión se despertó por los disturbios del *Quattrocento*, en los que las ciudades-estado italianas habían experimentado con el uso de mercenarios, generalmente con resultados desastrosos. En *El Príncipe*, los *Discursos* y *El arte de la guerra*, Maquiavelo contrastó repetidamente la reciente experiencia italiana con la historia de Roma.²⁶ Guiado por lo que vio en ese contraste, Maquiavelo había argumentado que la maravillosa expansión de la República romana se había debido a la voluntad de su población masculina de tomar las armas en nombre del Estado. Pasó a generalizar esta observación sobre la historia romana temprana en un principio político, insistiendo en que una milicia era siempre y necesariamente superior a un ejército mercenario y (además) un síntoma inequívoco de un gobierno libre.²⁷ ¿Cuál fue el hilo de pensamiento que llevó a esta conclusión inflexible? Aquellos que se contentaban con subcontratar su defensa a soldados de fortuna profesionales preferían la facilidad a la libertad y, por tanto, se exponían a la tiranía. El origen de la decadencia y ruina del poder de Roma, en este análisis cívico humanista, se podría

²⁵ ASH, *Ordering Anarchy*, p. 128.

²⁶ *El Príncipe*, caps. 12-14; *Discursos*, libro 2; *El arte de la guerra*, libro 1, caps. 2-9; libro 7, cap. 17.

²⁷ Al argumentar así Maquiavelo iba en contra de algunos influyentes pensadores y juristas italianos anteriores. Por ejemplo, Bartolo de Sassoferrato (1313-57) había insistido en que un verdadero rey “no forma su guardia personal con ciudadanos” (“Sobre el tirano”). Sobre la composición de la milicia florentina, y por qué es un error creer que Maquiavelo argumenta en detalle a favor de una milicia de ciudadanos (un error en el que yo mismo he caído), véase lo siguiente: CARLO DIONISOTTI, *Machiavellerie*, Einaudi, Turín, 1980, pp. 3-59; PAUL ANTHONY RAHE, *Against Throne and Altar: Machiavelli and Political Theory under the English Republic*, Cambridge UP, Nueva York, 2008, p. 9, y ROBERT BLACK, ‘Machiavelli and the Militia: New Thoughts’, en *Italian Studies* 69 (2014), pp. 41-50.

encontrar en la sustitución de la milicia en la República por los ejércitos permanentes profesionales y cada vez más mercenarios del Imperio.²⁸

La preferencia de Maquiavelo por las milicias en lugar de los mercenarios fue elaborada y desarrollada con detalle histórico por los pensadores que lo siguieron. La derrota de las provincias del Imperio de Occidente en el siglo V por los bárbaros del norte había destruido el poder militar y político de Roma en Europa. Las constituciones de los reinos godos que reemplazaron al Imperio habían adoptado un principio diferente de ordenamiento militar. El general del ejército conquistador era nombrado rey y dividía las tierras conquistadas entre sus principales oficiales o barones, quienes, a su vez, repartían sus tierras entre sus tenientes. Los barones y sus tenientes se quedaban las tierras del rey a cambio del deber de servicio militar. No había un ejército permanente y, cuando se requerían fuerzas militares, el rey convocaba a sus barones, que acudían a servirlo acompañados por sus vasallos.

Andrew Fletcher describiría la virtud de estos gobiernos feudales en términos de la forma en que sus instituciones militares aseguraban importantes beneficios políticos:

Esta forma de gobierno puso la espada en manos del súbdito, ya que los vasallos dependían más inmediatamente de los barones que del rey, lo que aseguró efectivamente la libertad de esos gobiernos. Y es que ni los barones podían hacer uso de su poder para destruir esas limitadas monarquías sin destruir su propia grandeza, ni el rey podía invadir los privilegios de los barones no teniendo otras fuerzas para un tal propósito que los vasallos de sus propios dominios.²⁹

10

Sin embargo, era un hecho histórico que los gobiernos feudales habían desaparecido de Europa alrededor de 1500 para ser reemplazados por monarquías cada vez más absolutistas que durante el siglo se encargaron de asegurar el mando sobre fuerzas militares permanentes como uno de sus principales instrumentos de poder:

Una de las características de los gobiernos europeos de la segunda mitad del siglo XVII fue el desarrollo y empleo político del ejército permanente. Entre la conclusión de la Guerra de los Treinta Años y el final de las guerras de Luis XIV la mayoría de los Estados continentales, grandes y pequeños, crearon fuerzas armadas regulares para la defensa de la patria, la ofensiva contra un oponente internacional y la represión de la oposición política y social interna, imitando

²⁸ Es importante tener en cuenta que no existe equivalencia necesaria entre un ejército permanente y otro mercenario, aunque ambos comparten la característica de luchar por dinero. Un ejército mercenario luchará por quien pueda pagarle, pero puede que no sea permanente. Un ejército permanente, por regla general, no está al servicio del mejor postor. Sin embargo, los términos pueden seguir siendo usados como sinónimos: véase JONATHAN SWIFT, *Gulliver's Travels*, ed. de D. Womersley, Cambridge UP, 2012, p. 186.

²⁹ *A Discourse Concerning Militia's and Standing Armies* (1697).

sumisamente los modos franceses [...] Durante este período, los ejércitos permanentes se convirtieron en las tropas de asalto de los monarcas absolutos, que se enfrentaban con los problemas de la centralización de su autoridad para hacer sus gobiernos más eficaces.³⁰

Sobre cómo y por qué había sucedido esto, las opiniones diferían.

El neomaquiaveliano inglés James Harrington había rastreado la desaparición del feudalismo en Inglaterra en las ambiciones absolutistas de los Tudor, que habían socavado el poder de los barones para asegurar la posición de la corona. Andrew Fletcher, por otro lado, atribuyó la desaparición del feudalismo a los efectos de la vida lujosa que se había hecho posible gracias a los tres inventos cardinales de la modernidad: la imprenta, la pólvora y la brújula. Según Fletcher, la búsqueda del lujo había inducido a los barones a emancipar a sus vasallos a cambio de un pago y, por tanto, a convertir sus instituciones feudales en dinero en efectivo.³¹ Al mismo tiempo, la búsqueda del lujo había inducido al pueblo llano a preferir el pago de impuestos al servicio militar. Pero tanto si se prefiere la explicación de Harrington como la de Fletcher, el resultado fue que, en el mundo moderno, la espada había pasado de la mano del súbdito a la mano del monarca, que ahora tenía a su disposición un ejército profesional permanente, tan conveniente para el control de sus propios súbditos como para la defensa de sus dominios contra enemigos externos. Todo ello siempre y cuando, claro está, pudiera encontrar la forma de costearlo.³²

11

LA EXPERIENCIA INGLESA DEL SIGLO XVII Y LA IDEA DE UN EJÉRCITO PERMANENTE. El debate sobre los ejércitos permanentes que surgió en Inglaterra a finales del siglo XVII puede considerarse una forma aguda y parcial del problema político de la fuerza militar. Sin embargo, el debate no se limitó a los viejos temas. Tenía algunos aspectos distintivos e innovadores. Pero estas características nuevas y distintivas se han visto hasta cierto punto ocultas tras una anomalía lingüística.

Encontramos por primera vez la expresión inglesa *standing army* en 1603, cuando Richard Knolles la usó para referirse a la política doméstica de Tamerlán: “Siempre mantuvo un ejército permanente de cuarenta mil

³⁰ J. CHILDS, *The Army, James II, and the Glorious Revolution*, Manchester UP, 1980, p. 83; véase también p. 203.

³¹ Argumento que será adoptado y extendido por el compatriota de Fletcher, Adam Smith (*Wealth of Nations* III, 4).

³² Para un ejemplo de manual de las etapas en las que esto podría llevarse a cabo, véase el n° 29 en *Avisos del Parnaso* de Traiano Boccalini (1706). En su ensayo ‘Upon Universal Monarchy’ Charles Davenant había explicado cómo Luis XIV había debilitado a la nobleza francesa como prelude a la adquisición de un ejército permanente (*Essays* [1701]). “Siempre que pudiera reunir suficiente dinero para su paga y mantenimiento, Carlos [II] podía reclutar tropas cuando quisiera y emplearlas como quisiera” (CHILDS, *Army*, pp. xvii-xviii).

tropas a caballo y sesenta mil a pie listas en todos momentos.”³³ Durante los siguientes cuarenta años más o menos, el *Oxford English Dictionary* no enumera más que un puñado de apariciones de la expresión, hasta que llegamos al estallido de hostilidades entre Carlos I y el Parlamento en 1642, cuando, como no es de extrañar, se hizo mucho más común. Sin embargo, aunque la afición por un ejército permanente se incluye rápidamente en la lista de inclinaciones despóticas características de los Estuardo, Cromwell también había reparado en sus atractivos. La cláusula XXVII del Instrumento de Gobierno de 1653 había sido particularmente alarmante: “El Instrumento había [...] provisto un *ingreso anual constante* para el mantenimiento de ‘10.000 tropas de caballería y dragones y 20.000 de a pie en Inglaterra, Escocia e Irlanda, para su defensa y seguridad, y también un número conveniente de barcos para la vigilancia de los mares’ [...] Para los críticos de Cromwell estos soldados se asemejaban a los jenízaros pagados por el *Gran Señor* para ayudar a esclavizar al pueblo”.³⁴ Sin embargo, esta pauta de uso a lo largo del siglo XVII disfraza el hecho de que la expresión “ejército permanente” se utilizó en un principio para referirse, en sentido amplio, a un ejército que se mantiene en tiempo de paz (sin importar cómo se financie o sostenga). Pero a final de siglo, sin embargo, se usa más precisamente para referirse a un ejército que se mantiene en tiempos de paz *y es pagado con impuestos*.

Las raíces intelectuales del debate sobre el ejército permanente del siglo XVII se extendían profundamente por el pasado de Europa. Pero a finales de siglo obtuvieron una particular fuente de nutrientes en acontecimientos mucho más recientes. Sus participantes se guiaban, por supuesto, por el antiguo temor occidental a la posibilidad de que un general sin escrúpulos utilizara sus tropas contra sus enemigos personales internos, en lugar de contra los enemigos externos de la nación. Pero, al mismo tiempo, ese temor tradicional había adquirido una nueva forma para los súbditos de Guillermo III debido a los mayores poderes tributarios del estado guillermino.

Estos nuevos poderes tributarios habían sido creados para permitir a Inglaterra asumir la insólita carga de una larga guerra continental llevada a cabo sin descanso: la guerra de los Nueve Años.³⁵ El apologeta guillermino sir Richard Blackmore se referiría a estos acontecimientos con engañosa suavidad, llamándolos “medios y arbitrios que eran menos

³³ RICHARD KNOLLES, *Historie of the Turkes* (Londres, 1603). Cf. SCHWOERER, ‘No Standing Armies’, p. 2.

³⁴ GABY MAHLBERG, *Henry Neville and English Republican Culture in the Seventeenth Century: Dreaming of Another Game*, Manchester UP, 2009, p. 143. Cf. *The Stuart Constitution 1603-1688: Documents and Commentary*, Cambridge UP, 1966, pp. 342-48.

³⁵ Véase P.G.M. DICKSON, *The Financial Revolution in England. A Study in the Development of Public Credit 1688-1756*, Routledge, Londres, 2016, caps. 1-4, pp. 3-89.

gravosos e incómodos para el pueblo”.³⁶ No obstante, Blackmore comprendió claramente cómo funcionaba el nuevo sistema de financiación del déficit:

Los Parlamentos anteriores optaron más bien por establecer fondos de abastecimiento público que por utilizar cualquier método para obtenerlos durante el año; diversas Oficinas de Ingresos del Rey fueron creadas con el consentimiento de Su Majestad, sometidas a grandes anticipos, y la parte más fácil y obvia de la deuda nacional fue atendida, y suficientemente provista.³⁷

Por tanto, tras la ascensión de Guillermo III al trono, “un régimen fiscal eficaz y previsible fue el activo contra el que, en última instancia, el gobierno aseguraba su crédito”.³⁸

Sin embargo, estos nuevos instrumentos fiscales, y los innovadores poderes que los acompañaban, significaron que por primera vez en la historia de Inglaterra un ejército en tiempos de paz podría mantenerse mediante una tributación regular en lugar de hacerlo con el menos regular y fiable, pero hasta ahora inevitable, recurso a concesiones parlamentarias, al saqueo, el pillaje y el acantonamiento.

La situación política creada por estos nuevos instrumentos y poderes era inquietante y no tenía precedentes. Hasta la década de 1690 el armazón financiero del Estado inglés había sido comparativamente débil.³⁹ Durante la Guerra Civil, tanto los parlamentarios como los realistas se habían encontrado con extraordinarios problemas de suministro. Ambas partes se habían visto obligadas a requisar dinero y objetos de valor y empeñar joyas.⁴⁰ Los préstamos solo se conseguían a tasas de interés ruinosas.⁴¹ Así pues, tan tempranamente como en 1656, y reflexionando en estilo maquiaveliano sobre la experiencia de Inglaterra en la Guerra Civil, James Harrington descartó la noción de un ejército permanente apoyado en la fiscalidad como

una mera fantasía, tan vacía de toda razón y experiencia como que un hombre pensara en mantenerse robando en los huertos; porque un

³⁶ BLACKMORE, *History*, p. 6.

³⁷ BLACKMORE, *History*, pp. 20-21; véanse también pp. 44-51.

³⁸ BRADDICK, *State Formation*, p. 267.

³⁹ Véase BRADDICK, *State Formation*, III, ‘The Fiscal-Military State’, pp. 177-286.

⁴⁰ Carlos había empeñado las joyas de la corona en Holanda (THOMAS MAY, *The History of the Parliament of England* [1647], libro 2, pp. 41-42, 84) y había pedido regalos en plata a sus partidarios (lib. 2, p. 87). El Parlamento también había pedido plata y otros objetos de valor (lib. 2, pp. 83-84, 97). Los problemas para financiar la guerra, incluso cuando estaba en marcha, persistían tanto del lado de Carlos (lib. 3, pp. 12-13) como del Parlamento (lib. 3, pp. 38-39). Sin embargo, las investigaciones más recientes sugieren que los parlamentarios enfrentaron mejor que los realistas estas presiones financieras de la guerra (BRADDICK, *State Formation*, pp. 215-16).

⁴¹ Por ejemplo, el ocho por ciento que el Parlamento pagó a la *City* por un préstamo para financiar la represión de la rebelión irlandesa en 1641 (MAY, *History*, lib. 2, p. 11).

impuesto no es más que arrancar el fruto de los ciruelos cuyas raíces están en los terrenos de otros hombres, que, sufriendo una perpetua violencia, llegan a odiar al autor del mismo. Y es una máxima que ningún príncipe que sea odiado por su pueblo puede estar a salvo. Las armas desplegadas sobre el territorio extirpan a los enemigos y hacen amigos, pero, mantenidas por un mero impuesto hacen enemigos de profundas raíces y amigos sin raíz alguna.⁴²

La percepción de Harrington estaba quizás un poco atrasada respecto a la realidad. Parece que la capacidad de recaudación de impuestos del Estado se había visto reforzada por las presiones de la Guerra Civil: “El aumento de la capacidad militar del estado inglés entre 1642 y 1646 fue un cambio más dramático que cualquier otro logrado en las tres generaciones anteriores. Se basó en la reforma de la fiscalidad, llevada a cabo principalmente entre 1640 y 1643, que produjo sumas de dinero muy superiores a las disponibles para los regímenes anteriores. Los flujos fiables de dinero permitieron conseguir préstamos más eficaces, aumentando aún más el potencial militar del Estado”.⁴³ No obstante, el rechazo de Harrington a la noción de un ejército permanente pagado con los impuestos es una indicación valiosa de las ideas del momento, incluso cuando las realidades subyacentes ya estaban empezando a cambiar.

Siempre se había pensado que los ejércitos en tiempo de paz representaban una amenaza para la libertad del sujeto, como lo había dejado claro su prohibición en la *Bill of Rights* de 1689. Sin embargo, el hecho de que en 1689 el peligro que esos ejércitos planteaban se concibiera principalmente contra la libertad y no contra la propiedad se intuye en el hecho de que la *Bill of Rights* los prohíbe solo en “este reino” (es decir, Inglaterra) pero no (por ejemplo) en Irlanda. Hasta la década de 1690 la amenaza que representan los ejércitos permanentes para la propiedad del súbdito (a diferencia de para su libertad) había sido más esporádica. Antes de las innovaciones financieras introducidas por Guillermo III la amenaza a la propiedad había sido más una cuestión de tener la mala suerte de ser saqueado o forzado a alojar soldadesca,⁴⁴ que de la imposición de una carga impositiva regular e ineludible. Por eso no se aprobó ninguna legislación contra un ejército permanente entre 1660 y

⁴² JAMES HARRINGTON, *The Commonwealth of Oceana and a System of Politics*, ed. de J.G.A. Pocock, Cambridge UP, 1992, p. 60.

⁴³ BRADDICK, *State Formation*, p. 221, pp. 233-34: “[En la década de 1640] la parte de la riqueza nacional gravada con éxito por el gobierno se duplicó aproximadamente y la proporción de los ingresos recaudados a través del parlamento aumentó del veinticinco por ciento al noventa por ciento o más”.

⁴⁴ Esto podría crear verdaderos inconvenientes, como Thomas Coningsby explicó en la Cámara de los Comunes el 16 de noviembre de 1685: “[Los soldados] corrompieron los modales de todo el pueblo, sus esposas, hijas y sirvientes. Los hombres no van a la iglesia por miedo a que se hagan maldades en su ausencia” (CHILDS, *Army*, p. 13).

1685: “No había necesidad de una acción tan radical, ya que el parlamento siempre podía abortar cualquier plan para ampliar el ejército negándose a votar ingresos adicionales.”⁴⁵ Pero para finales de la década de 1690, la situación había cambiado dramáticamente:

Después de 1690 un gran compromiso militar se reflejó en el tamaño de las fuerzas armadas, que eran más de 100.000. La importancia de estas cifras no siempre está clara, pero una forma de apreciar este compromiso es que la población combinada de las siete ciudades más grandes de Inglaterra (aparte de Londres) era probablemente más pequeña que el número de hombres en el ejército en torno a 1700. Esto era una carga sustancial para una economía agraria y, según los estándares de los Tudor y los primeros Estuardo, un logro gubernamental milagroso.⁴⁶

Al mismo tiempo, tras la Revolución Gloriosa, la propiedad del ejército había cambiado sutilmente:

Aunque el ejército [del reinado de Carlos II] era básicamente apolítico, estaba en gran medida al servicio del rey y, por tanto, sujeto a ser empleado de acuerdo con los intereses reales en lugar de los parlamentarios. Este enfoque permaneció sin corregir hasta que la *Mutiny Act* de 1689 dio al parlamento el control sobre la disciplina militar y el enorme coste de la Guerra de los Nueve Años aseguró que el parlamento asumiera el papel dominante en las finanzas nacionales de Inglaterra.⁴⁷

Así que en el otoño y el invierno de 1697 los ejércitos permanentes —llamados ya propiamente así porque se habían convertido en una parte permanente de los recursos del Estado y se pagaban con los impuestos— pudieron por primera vez recibir oposición por consideraciones sobre libertad y austeridad. Puesto que “no hay duda de que la carga real de impuestos per cápita aumentó considerablemente en este período [a finales del siglo XVII]”.⁴⁸

LOS PANFLETOS DE 1697-1698: ESTILOS, FUENTES Y ARGUMENTOS. Las novedosas condiciones literarias en las que tuvo lugar el debate sobre los ejércitos permanentes de 1697-98 fueron explicadas por Macaulay:

La prensa era ahora libre. Una cuestión política apasionante y significativa podía ser discutida honestamente. Aquellos que tenían opiniones de dudoso gusto podían expresarlas sin recurrir a recursos ilegales ni emplearlos servicios de hombres desesperados. La consecuencia fue que la disputa tuvo lugar con suficiente entusiasmo

⁴⁵ CHILDS, *Army*, p. xviii.

⁴⁶ BRADDICK, *State Formation*, p. 214.

⁴⁷ CHILDS, *Army*, p. xvii.

⁴⁸ BRADDICK, *State Formation*, p. 214.

pero, en general, con una decencia que se habría considerado extraordinaria en los días de la censura.⁴⁹

Macaulay se refiere a la no renovación de la *Licensing Act* de 1685, que el Parlamento se había negado a reeditar en 1694. Sin embargo, decir con Macaulay que la prensa era ahora libre sería exagerar. La *Licensing Act* no había sido renovada, no porque de repente se reconociera que era ofensiva, sino más bien —como señaló John Locke, el hombre que preparó el caso para su suspensión— porque había demostrado ser ineficaz. No había impedido la publicación de material sedicioso ni había previsto sanciones para las ofensas. Por tanto, señalaba su argumento, no debía permitirse su renovación. Pero no hay que llegar a la conclusión injustificada de que los miembros del Parlamento se hubieran dado cuenta de repente de que el control estatal de la prensa era moralmente repulsivo. La no renovación de la *Licensing Act* no significó ningún cambio de opinión en el Parlamento en cuanto a la libertad de expresión. Más bien apuntaba precisamente en la dirección opuesta. Indicaba el deseo del gobierno de encontrar o crear formas más efectivas de controlar la prensa. Uno de esos medios estaba al alcance en el derecho común. La ley de la calumnia sediciosa era un poderoso instrumento para intimidar a los autores considerados desafectos y para suprimir las publicaciones consideradas odiosas, y sería utilizada eficazmente por las sucesivas administraciones hasta principios del siglo XIX.⁵⁰ Pero la coincidencia de la no renovación de la *Licensing Act* y la aprobación de la *Triennial Act* en diciembre de 1694 tuvo consecuencias para la producción de literatura política. El número de panfletos políticos aumentó enormemente a medida que las elecciones generales se hicieron necesariamente más frecuentes como resultado de la segunda.⁵¹

Macaulay se acerca más a la verdad cuando llama la atención sobre la decencia y la cortesía del debate sobre los ejércitos permanentes. En comparación con las sátiras ofensivas y los ataques personales que animaron y desfiguraron las controversias del reinado de Carlos II, los panfletos publicados sobre el ejército permanente en 1697-98, tomados en su conjunto, muestran una moderación en el tono ciertamente novedosa. La ironía burlona (Defoe llamó la atención sobre ella en sus respuestas a Trenchard y Moyle) es lo más cercano que estuvieron de las exuberantes estridencias del período carolino. Su estilo, sin embargo, está lejos de ser timorato. Los giros de lenguaje sorprendentemente modernos y coloquiales, e incluso en ocasiones lo que parecen ser neologismos, son utilizados para dar un tono punzante a unos panfletos que, de otra manera, podrían haberse reducido a meras listas de ejemplos históricos,

⁴⁹ MACAULAY, *History*, 6: 2736.

⁵⁰ Sobre el tema véase el estudio de TOM KEYMER, *The Poetics of the Pillory: English Literature and Seditious Libel 1660-1820*, Oxford UP, 2019.

⁵¹ DOWNIE, *Harley*, p. 1.

lo que Macaulay despreció noblemente como “paparruchas y lugares comunes históricos sin fin, miríadas de nombres ilustres invocados para dar autoridad a todos los prejuicios y todas las tradiciones de ambos bandos”.⁵² Otro interesante detalle de estilo es el frecuente uso de lenguaje bíblico por parte de Defoe, que en cierto modo se opone a la tendencia dominante en el discurso político desde la Restauración.⁵³ No hay duda de que esto simplemente reflejaba en parte su educación como disidente trinitario. Pero también sirvió para dividir los dos bandos en conflicto atendiendo a líneas religiosas, y es que Defoe atrajo la atención sobre las inclinaciones antitrinitarias socinianas —y puede que más que socinianas— de aquellos que se habían enfrentado al mantenimiento de un ejército permanente.

El repertorio de ejemplos y fuentes para el debate había sido establecido desde el principio por Trenchard y Moyle en *An Argument Shewing that a Standing Army Is Inconsistent with a Free Government* [Una tesis que muestra que un ejército permanente es incompatible con un gobierno libre] (1697). Para empezar, encontramos una serie de ejemplos espeluznantes de las miserias del despotismo militar extraídos de la historia antigua. Aquí la guía principal fue Maquiavelo, cuyas amargas comparaciones de mercenarios y milicias parecen haber proporcionado un punto de entrada al registro histórico, aunque los siguientes participantes en el debate añadieron más ejemplos. Aún así, los panfletistas distaban de ser eruditos. A menudo no se cita ninguna fuente en particular como ejemplo (aunque las referencias ostentosamente detalladas en *The Militia Reform'd* [La milicia reformada] de Toland contrastan notablemente con la despreocupación general hacia la precisión en las referencias). Hay algunas inclusiones sorprendentes entre las fuentes clásicas (por ejemplo, Aulo Gelio), así como ausencias no menos sorprendentes. Podríamos haber esperado que se utilizara más a Tácito. Sin embargo, puede que los autores de estos panfletos no quisieran alejarse demasiado de los clásicos que habían estudiado en la escuela: de ahí, quizás, su afición a las citas y epígrafes extraídos de Horacio y de los libros II y III de la *Eneida*, sobre los que debieron pasar largas y dolorosas horas como estudiantes.

Las lecciones de la antigüedad se reforzaron con otros ejemplos, necesariamente no maquiavelianos, tomados de la historia europea y del levante mediterráneo de los siglos XVI y XVII (la inclusión de referencias

⁵² MACAULAY, *History*, 6: 2736.

⁵³ “El lenguaje político parece haberse vuelto más sobrio a finales del siglo XVII, con una retórica menos abiertamente apocalíptica; y surgieron nuevos discursos para desafiar la temprana interpretación protestante de la historia. En particular, se ha afirmado que los actores políticos y los escritores comenzaron a analizar su época mediante analogías clásicas con Grecia y Roma, en lugar de buscar constantemente el libro del Apocalipsis y los ejemplos de los reyes del Antiguo Testamento” (CLAYDON, *William III*, pp. 43 y 44).

a la muy reciente historia de Oriente Próximo y del Imperio Otomano es un punto de especial interés, estimulado sin duda por las recientes publicaciones sobre este tema de sir Paul Rycout).⁵⁴ No obstante, podemos pensar que fueron especialmente reveladores para los primeros lectores de estos folletos los ejemplos extraídos de la reciente experiencia inglesa; es decir, los ejemplos proporcionados por el gobierno de Cromwell y los “últimos reinados” de Carlos II y Jacobo II. Aquí los oponentes de los ejércitos permanentes se apoyaron sobre todo en la biblioteca constitucional del liberalismo *whig*: las diversas ediciones de las *Collections* de Rushworth; las obras de Nathaniel Bacon *An Historicall Discourse of the Uniformity of the Government of England* [Un discurso histórico sobre la uniformidad del gobierno de Inglaterra] (1647), *The Continuation of an Historicall Discourse of the Government of England* [Continuación de un discurso sobre el gobierno en Inglaterra] (1651) y *An Historical and Political Discourse of the Laws and Government of England* [Un discurso histórico y político sobre las leyes y el gobierno de Inglaterra] (1689); obras de reciente publicación, como *A Detection of the Court and State of England* [Un análisis de la corte y el Estado de Inglaterra] (1697) de Roger Coke, y, posiblemente, incluso obras a punto de ser publicadas como las *Memoirs* de Edmund Ludlow (1698-99), cuyo manuscrito original había sido artísticamente retocado por uno de los participantes en el debate sobre el ejército permanente, John Toland, a fin de suavizar ese milenarismo tan característico en algunos parlamentarios de mitad de siglo y acercarlo a una disposición religiosa más relajada, propia de los *whigs* de finales de la década de 1690.⁵⁵

18

Los argumentos contruidos a ambos lados del debate sobre esos variados materiales no brillaban ni por su finura ni por su fuerza (aunque de parte de tales acusaciones podría exonerarse a John Somers). Macaulay expuso así las contradicciones en las diferentes afirmaciones de los que se oponían a los ejércitos permanentes (como Defoe había hecho antes que él):

⁵⁴ SIR PAUL RYCAUT, *The Present State of the Ottoman Empire* (1667) y *The History of the Turkish Empire* (1680). Ambos textos habían sido incluidos en la lista de ‘Discursos e historias políticas dignas de ser leídas’ que Henry Neville había colocado antes de los tres diálogos políticos en la segunda edición de su *Plato Redivivus* (1681). Hay una edición reciente de *The Present State of the Ottoman Empire*, editada por John Anthony Butler (Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, Tempe, 2017). Sobre este tema, véase NOEL MALCOLM, *Useful Enemies: Islam and the Ottoman Empire in Western Political Thought 1450-1750*, Oxford UP, 2019.

⁵⁵ Para esto véase la introducción a EDMUND LUDLOW, *A Voyce from the Watch Tower, Part Five 1660-1662K*, ed. de A.B. Worden, Camden Fourth Series, vol. 21, Royal Historical Society, Londres, 1978, pp. 1-80. Los comentarios de Trenchard en *Short History* sobre la Masacre de Irlanda y la implicación de Carlos I en ella sugieren que pudo tener conocimiento previo a la publicación de las *Memoirs* de Ludlow. Tony Claydon ha analizado la persistente, aunque solo tibiamente milenarista, devoción pública de la década de 1690 (CLAYDON, *William III*, pp. 229-30).

Si un ejército compuesto de tropas regulares fuera realmente mucho más eficiente que un ejército compuesto por granjeros sacados del arado y burgueses sacados de detrás del mostrador, ¿cómo podría estar a salvo el país sin otra defensa que granjeros y tenderos, cuando un gran príncipe, que era nuestro vecino más cercano, que unos meses antes había sido nuestro enemigo, y que podría en unos pocos meses ser nuestro enemigo de nuevo, mantuvo no menos de ciento cincuenta mil tropas regulares? Si, por otro lado, el espíritu del pueblo inglés fuera tal que pudiera, con poco o ningún entrenamiento, hacer frente y derrotar a los más formidables veteranos del continente, ¿no sería absurdo colegir que tal pueblo podría ser reducido a la esclavitud por unos pocos regimientos de sus propios compatriotas?⁵⁶

Poco importaba que estas críticas dieran en el clavo. Trenchard, Moyle, Toland y los otros escritores contrarios a los ejércitos permanentes apelaban al prejuicio más que a la razón y encontraron su estilo más en una profusión desordenada de ejemplos que en un razonamiento finamente delineado. En el siglo siguiente, Samuel Johnson, al relatar la vida de su amigo el poeta Richard Savage, citará el tema de los ejércitos permanentes como uno de aquellos en los que parece imposible que no se exhiba “esa parcialidad en la que casi todos los hombres se complacen con respecto a sí mismos”:

La libertad de prensa es una bendición cuando nos inclinamos a escribir en contra de otros y una calamidad cuando nos encontramos sobrepasados por la multitud de nuestros contrincantes. Del mismo modo que el poder de la corona es siempre considerado demasiado grande por aquellos que sufren bajo su influencia y demasiado pequeño por aquellos en cuyo favor se ejerce, así un ejército permanente es generalmente considerado necesario por aquellos que mandan y peligroso y opresivo por aquellos que lo mantienen.⁵⁷

19

Esto hacía que los defensores de los ejércitos permanentes tuvieran que vérselas en un terreno complicado, tratando de introducir racionalidad y moderación en un debate que, a pesar de contar con un escenario histórico y constitucional, trataba de crear y poner en operación un espantajo (palabra que aparece repetidamente en los propios panfletos). Y es que el debate se entreveraba de manera reveladora con circunstancias políticas más amplias:

La propaganda de Trenchard demostró que la opinión pública podía ser influida por la prensa. En 1697 y 1698 no solo era la opinión dentro del parlamento lo que importaba, sino también los puntos de vista extraparlamentarios. La cuestión de la disolución del ejército podía ser utilizada para cambiar el aspecto del parlamento. Según los términos

⁵⁶ MACAULAY, *History*, 6: 2738.

⁵⁷ JOHNSON, *The Lives of the Poets*, ed. de R. Lonsdale, Clarendon Press, Oxford, 2006, 3: 142.

de la *Triennial Act*, tocaban elecciones generales en 1698. Por ello los panfletistas anti-ejército no solo pretendían persuadir a sus representantes en el parlamento para que votaran a favor de la disolución, sino que también trataban de complacer los deseos del electorado para asegurar una victoria en las urnas. Era claramente una ventaja para los caballeros del país no mantener un ejército. Si no hay ejército hay menos impuestos. La ecuación no era compleja y los propagandistas acabaron dando con la solución en sus panfletos.⁵⁸

Como hemos visto, el vínculo entre un ejército permanente y la carga impositiva que conlleva se había forjado recientemente. Se consiguió hacer de un tradicional tema de protesta (ejércitos permanentes) un instrumento de campaña contra lo que en realidad era un nuevo mal aparecido a raíz de las innovaciones fiscales de principios de la década de 1690 (incremento de la fiscalidad).

El resultado de los debates parlamentarios de 1697-98 mostraría lo poco que se puede avanzar en contra de los prejuicios arraigados, incluso cuando se movilizan contra objetivos desconocidos. En 1698 los Comunes votaron disolver todas las tropas creadas desde 1680, cuando Carlos II no tenía más de 7.000 soldados de a pie en Inglaterra.⁵⁹

LA CONTINUACIÓN EN EL XVIII. La controversia del ejército permanente terminó como tal en 1698 con lo que parecía una victoria para los oponentes de la modernización militar. Pero el lenguaje de desconfianza contrario al ejército que los protagonistas de esa controversia habían encontrado en viejos documentos del siglo XVII sobre la resistencia a la monarquía Estuardo —documentos como la *Petition of Right* (1628) y la *Grand Remonstrance* (1641)—, que habían desempolvado, intensificado y utilizado en nuevas cuestiones políticas, sobrevivió más allá de ese momento de resurgimiento y permaneció disponible para su posterior despliegue, aunque fuera en campañas ideológicas que tenían objetivos muy diferentes a los que habían concentrado las energías de Trenchard, Moyle y Toland.

Cuando, tras la rebelión jacobita de 1715, Jorge I mantuvo sus tropas, la naturaleza inconstitucional de la medida fue denunciada por *tories* y jacobitas desafectos que no tenían escrúpulos en usar un lenguaje político originalmente forjado para atacar a la dinastía real exiliada tan afecta a sus corazones.⁶⁰ Estas protestas revivieron con particular intensidad en

⁵⁸ DOWNIE, *Harley*, p. 33. Cf. BLACKMORE, *History*, pp. 13–15.

⁵⁹ DOWNIE, *Harley*, p. 30. Obsérvese la estudiada delicadeza del relato de Blackmore sobre este proceso (*History*, pp. 57–58).

⁶⁰ La revista simpatizante con los *whigs* y favorable a la Casa de Hannover *The Briton* comentó que “los ejércitos permanentes han provisto a los jacobitas descontentos de un tema para su obscenidad declamatoria, desde la Revolución hasta estos tiempos” (*The Briton* 27 [5 de febrero de 1724]). Véase también AMBROSE PHILIPS, *The Freethinker*, 19 y 20 (26 de mayo de 1718 y 30 de mayo de 1718).

1718 y 1721, cuando la Cámara de los Comunes volvió a debatir la cuestión de un ejército permanente.⁶¹ Como muestra del nivel de sospecha que, en este sentido, era habitual durante esos años tenemos el hecho de que se temía que los barracones construidos en aplicación de la *Quarantine Act* de 1721 estuvieran destinados a un ejército permanente (la inclusión de “la peste, un ejército permanente” como una de las claves políticas descifradas por la Academia de Lagado en *Los viajes de Gulliver* de Swift refleja esta sospecha).⁶²

Mientras estas preocupaciones todavía resonaban entre el común, Thomas Gordon, con el pseudónimo “Catón”, publicó uno de los textos centrales sobre el tema, *A Discourse of Standing Armies; Shewing the Folly, Uselessness, and Danger of Standing Armies in Great Britain* [Un discurso sobre los ejércitos permanentes mostrando cuán absurdos, inútiles y peligrosos son en Gran Bretaña] (1722). La publicación en 1724 de una obra tan alarmista como *A Discourse Upon the Present Number of Forces in Great-Britain and Ireland* [Discurso sobre el número actual de fuerzas en Gran Bretaña e Irlanda] demuestra que el tema permaneció vivo en la imaginación del público durante este período. Como el autor anónimo de un panfleto ligeramente anterior había señalado, no sin motivos, “el pueblo de la nación británica es el menos favorable al ejército permanente”.⁶³ Los temores de los ingleses se mantuvieron vivos mediante la sospecha ideológica, pero también por la memoria colectiva de los “desórdenes resultantes de la ley marcial, el acantonamiento y los impuestos extraparlamentarios” durante el siglo XVII.⁶⁴ La aversión del

⁶¹ Como ejemplo del tono en que se desarrolló gran parte del debate, véanse los comentarios sarcásticos sobre la “tibia administración de un ejército permanente” en *The Necessity of a Plot: Or, Reasons for a Standing Army. By a Friend to K. G.* (1720?).

⁶² *A Compleat History of the Late Septennial Parliament* (1722⁴); *Gulliver's Travels*, p. 283. *Los viajes de Gulliver* se publicó por primera vez en 1726, pero su composición había comenzado en 1722 y algunos elementos del texto final (principalmente algunas de las partes 1 y 3) se remontaban al reinado de la reina Ana. Sobre la conexión temática entre la peste y los ejércitos permanentes a principios de la década de 1720, véanse “Catón” [Thomas Gordon], *A Discourse of Standing Armies; Shewing the Folly, Uselessness, and Danger of Standing Armies in Great Britain* (1722), y George Granville, Baron Lansdowne, *A Letter from a Noble-Man Abroad, to his Friend in England* (1722).

⁶³ *An Equal Capacity in the Subjects of Great Britain for Civil Employment, the Best Security to the Government* (1717); cf. CHARLES HORNBY, *A Second Part of the Caveat against the Whiggs* (1712), y WILLIAM THOMAS, *A Letter to Robert Walpole Esqr.* (1716?). Véase también la oposición de William Shippen a la existencia de un ejército permanente en una serie de discursos parlamentarios pronunciados entre 1724 y 1731, y recogidos como *Four Speeches* (1732).

⁶⁴ R. B. MANNING, *An Apprenticeship in Arms: The Origins of the British Army 1585-1702*, Oxford UP, 2007, p. 266; cf. SCHWOERER, *Armies*, p. 3. Para especulaciones sobre los motivos para la aceptación final de un ejército permanente por los británicos, véase MANNING, *Apprenticeship*, p. 429.

público a un ejército permanente era tan preeminente que el lenguaje asociado a tal aversión podía aplicarse metafóricamente a actividades que tenían poco que ver con lo militar. En 1730, mientras libraba una disputa literaria con Alexander Pope, Leonard Welsted expresó su pesar por la participación de “voluntarios” a través de una figura retórica: “Una milicia, en caso de invasión, puede ser considerada necesaria, pero siempre se podría desear un ejército de tropas regulares.”⁶⁵

Sin embargo, fueron las décadas centrales del siglo las que vieron el resurgimiento más interesante del lenguaje contrario al ejército y favorable a las milicias. Y fue interesante porque, si se toma junto con el observado en la crisis de 1697-98, forman un buen ejemplo de esa clásica trampa de la historia intelectual; a saber: utilizar un lenguaje familiar para enfrentarse con objetos nuevos y desconocidos y desplegarlo para objetivos sutilmente alterados.

En la década de 1730, la contratación de 12.000 mercenarios hessianos condujo a un estallido verbal y emocional sobre el ejército permanente.⁶⁶ En la década siguiente, las primeras fases de la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-48), en la que 16.000 hannoverianos entraron en la nómina inglesa, vieron otra erupción localizada. Chesterfield se quejó de cómo en estos episodios (como él dijo) el timón hannoveriano estaba dirigiendo la nave inglesa y adelantó el principio general en política exterior británica de que, “excepto cuando los holandeses estén en peligro, nunca puede ser del interés de esta nación embarcarse en los problemas del continente”.⁶⁷ El lenguaje del debate (cuando los mercenarios hannoverianos fueron llamados jenízaros, por ejemplo)⁶⁸, con su tenor general de sospecha ante las medidas de reyes y cortes, se volvió a aplicar a esta nueva cuestión, que en realidad trataba de los compromisos que la corona había adquirido en el continente a partir del ascenso de la Casa de Hannover al trono, y el resentimiento asociado a la influencia ejercida por los “bajos intereses de los Hannover” y “los estrechos puntos de vista y las mezquinas preocupaciones de un elector alemán”.⁶⁹ “Los intereses e influencia de los Hannover ya no han de ser disfrazados u ocultados, sino declarados abiertamente como la norma de nuestra conducta y el resorte de nuestras acciones”, censuró

⁶⁵ LEONARD WELSTED, *Epistle to Pope* (1730).

⁶⁶ Véase el apéndice a *The Craftsman*, vol. 6 (1731); cf. HORATIO WALPOLE, *Considerations on the Present State of Affairs in Europe* (1730) y el anónimo *The Case of the Hessian Forces in the Pay of Great-Britain Impartially and Freely Examined* (1731).

⁶⁷ CHESTERFIELD, *The Case of the Hanover Forces in the Pay of Great-Britain* (1742); véase también su *A Vindication of a Late Pamphlet* (1743).

⁶⁸ CHESTERFIELD, *The Case of the Hanover Forces in the Pay of Great-Britain* (1742).

⁶⁹ CHESTERFIELD, *The Case of the Hanover Forces in the Pay of Great-Britain; A Vindication of a Late Pamphlet* (1743).

Chesterfield.⁷⁰ Sin embargo, aunque su lenguaje parecía hacerse eco de la insularidad de Trenchard y Moyle, Chesterfield no era enemigo sin más de la política imperial. Más bien, deploraba los vínculos de Gran Bretaña con Hannover porque suponían un lastre en el avance diplomático de la nación y, por tanto, amenazaban con obstaculizar su libertad de perseguir un destino imperial ahora evidente.

En 1745, el avance de las tropas jacobitas hacia el sur, que llegaron a Derby sin encontrar ninguna oposición, hizo cundir el pánico y se volvió a avivar la idea de la conveniencia de una milicia.⁷¹ Los panfletos a favor de tal posición escritos en los años siguientes parecen revivir el vocabulario y adoptar las posturas argumentativas de Trenchard, Moyle y Toland. Sin embargo, esto es, una vez más, engañoso. Tras 1745 se está abogando claramente por una milicia *además de*, no (como fue el caso en 1697-98) *en lugar de* un ejército permanente. A mediados de siglo la existencia de un ejército permanente era cada vez más aceptada e indiscutible, aunque seguía siendo atacada por incondicionales como el jacobita William Shippen (que cada año votaba en contra de las asignaciones para el ejército). Un imperio necesita un ejército permanente y, como las tropas imperiales regulares han de servir a menudo en el extranjero, la consiguiente debilidad en la defensa de la patria ha de ser suministrada por una milicia. Después de 1745, los argumentos a favor de la milicia asumen implícitamente la continuidad de un ejército permanente; no están escritos con la esperanza de disolverlo. El anónimo autor de *The Counterpoise* (1752) lo reconoció:

La intención de este discurso es mostrar que este país puede procurarse una buena milicia con poco o ningún gasto y señalar los inminentes peligros que pueden surgir en cualquier país al mantener un ejército permanente sin tener, al mismo tiempo, el poder suficiente para controlarlo y equilibrarlo. Una buena milicia se muestra aquí como tal poder.⁷²

⁷⁰ CHESTERFIELD, *A Vindication of a Late Pamphlet* (1743).

⁷¹ “Dos hechos vergonzosos, el avance en el año 45 de un puñado de *highlanders* desarmados y la invitación de los hessianos y los hannoverianos en el 56, habían traicionado e insultado la debilidad de un pueblo inerme. Los caballeros campesinos de Inglaterra exigieron unánimemente el establecimiento de una milicia...” (EDWARD GIBBON, *The Autobiographies*, ed. John Murray, Londres, 1896, p. 180). Véase e.g. las siguientes obras anónimas: *A Proposal for a Regular and Useful Militia* (Edimburgo, 1745); *A Plan for Establishing and Disciplining a National Militia* (1745); *An Examination of the Several Schemes for Suppressing the Rebellion* (1746); *A Scheme for Establishing a Militia* (Eton, 1747); *Thoughts Occasioned by the Bill for the Better Regulating of the Militia* (1747); *A Bill for the Better Ordering of the Militia forces in that part of Great-Britain called Scotland* (1750); *The Counterpoise* (1752). Véase también “C. S.” [Charles Sackville, segundo duque de Dorset], *A Treatise Concerning the Militia* (1752).

⁷² Anónimo, *The Counterpoise* (1752). Véase también la redacción de una de las estipulaciones de Adam Ferguson sobre la consideración del rango en la milicia en su

Pero a pesar de que el tema principal del debate de 1697-98 había quedado solventado, aquel lenguaje agresivo con un posible ejército permanente de finales del siglo XVII perduró como un espectro.

No es, por tanto, sorprendente que a mediados de siglo el foco político se hubiera alejado de la cuestión de los ejércitos permanentes. El hecho de que en 1754 Chesterfield pudiera recomendar el tema a su hijo como adecuado para practicar su oratoria parlamentaria sugiere lo lejos que quedaba de la primera línea del debate político. Solo unos años antes, en 1738, el propio Chesterfield había hablado con vehemencia en la Cámara de los Lores en contra de un ejército permanente desplegando a placer todos los tropos paranoides propios de su grey desde 1697:

La esclavitud y el poder arbitrario son las seguras consecuencias de mantener un ejército permanente; sea por los años que fuere. Se trata de la maquinaria que estrecha las cadenas de la esclavitud sobre un pueblo libre, y solo requiere de una mano hábil y apropiada para ponerla en marcha... Es la única máquina por la que las cadenas de la esclavitud pueden ser uncidas sobre nosotros.⁷³

Sin embargo, escribiendo a su hijo dieciséis años más tarde, el tono casual y de hastiada familiaridad de Chesterfield muestra el tema era ya decididamente *vieux jeu*:

Toma algún tema político, dale vueltas en tus pensamientos, considera lo que se puede decir, tanto a favor como en contra, y luego pon esos argumentos por escrito en el inglés más correcto y elegante que se pueda. Por ejemplo, un ejército permanente, una *Place Bill*, etc.; en cuanto al primero, considera, por un lado, los peligros que para un país libre se derivan de una gran fuerza militar permanente; por otro, la necesidad de una fuerza con la que repeler ataques. Examina si un ejército permanente, aunque sea en sí mismo un mal, no puede, debido a las circunstancias, convertirse en uno necesario y preventivo de mayores peligros.⁷⁴

En 1754 la cuestión de los ejércitos permanentes era un tema agotado, nada más que un hueso roído en el que los nuevos parlamentarios podían afilar sus dientes para la oratoria.

proyecto de establecimiento de una: “El rango en la milicia será igual, en todos los aspectos, al que se adquiriera en el ejército permanente” (ADAM FERGUSON, *Reflections Previous to the Establishment of a Militia* [1756]).

⁷³ *The Life of the Late Earl of Chesterfield* (Philadelphia, 1775). Las opiniones de Chesterfield en este tema distaban de ser constantes. En 1732 había intervenido en contra de una reducción en las tropas de tierra de 18.000 a 12.000 efectivos (*Miscellaneous Works*, 4 vols. [Londres, 1779], 1: 122).

⁷⁴ A su hijo, el 26 de marzo de 1754, en *The Letters of Philip Dormer Stanhope, 4th Earl of Chesterfield*, ed. Bonamy Dobrée, 6 vols., Eyre & Spottiswoode, Londres, 1932, 5: 2102.

Si la Guerra de Sucesión Austriaca había marcado el principio del fin de la cuestión de los ejércitos permanentes como cuestión de política práctica, la Guerra de los Siete Años (1756-63) confirmó aún más su desahucio total, al tiempo que proporcionó más ejemplos de cómo la retórica mordaz que había generado se prestaba a ser empleada para fines muy diferentes e incluso contrarios. La obra de Edward Wortley Montagu *Reflections on the Rise and Fall of the Ancient Republicks. Adapted to the Present State of Great Britain* [Reflexiones sobre el auge y la caída de las antiguas repúblicas, adaptado al presente de Gran Bretaña] (1759), una jeremiada sobre la pésima actuación de Gran Bretaña en la primera parte de la Guerra de los Siete Años disfrazada de obra sobre historia antigua, ilustra bien la reutilización de aquel lenguaje.

La Paz de Aix-la-Chapelle dio por concluida la Guerra de Sucesión Austriaca, pero pronto demostró (como el Tratado de Rijswijk) no ser más que una breve tregua armada. A principios de la década de 1750 las tensiones entre franceses e ingleses en la India comenzaron a aumentar de nuevo cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales se resistió a los intentos galos de tomar el control de las regiones de Karnataka y de la meseta del Decán. Del mismo modo, en las Indias Occidentales Inglaterra y Francia chocaron por el control de las islas “neutrales”. Lo más grave era que, en América, la ambiciosa estrategia francesa de conectar sus asentamientos en Canadá con la Luisiana mediante una serie de fuertes a lo largo del Ohio y el Misisipí había provocado escaramuzas con los colonos ingleses, que a su vez trataban ahora de adentrarse desde la costa oriental y adquirir territorio adicional al oeste de los montes de Allegheny.

La respuesta británica a estas provocaciones francesas fue discreta y lenta. Pero, en octubre de 1754, los regimientos británicos al mando del general Braddock zarparon hacia las colonias y se pusieron en marcha medidas para organizar tropas en América. El resultado fue sencillamente desastroso. En julio de 1755, Braddock llevó a sus tropas a una emboscada francesa en el río Monongahela y sufrieron terribles bajas. La opinión pública británica se resintió aún más cuando el bloqueo naval de Brest, que entre los meses de julio y diciembre había sido confiado al almirante sir Edward Hawke, resultó totalmente infructuoso debido a la incapacidad de enfrentarse a la flota francesa bajo el mando del conde du Bois de La Motte. El nuevo año trajo consigo otro motivo de alarma en forma de fundados temores de una invasión francesa. El pánico desatado entre la población ante el estado de las defensas de que el país disponía impulsó a Pitt y Townshend a proponer un proyecto de ley sobre la milicia que fue aprobado por los Comunes en mayo de 1756, pero rechazado por los Lores.⁷⁵ Para llenar el vacío defensivo ese rechazo produjo, tropas

⁷⁵ Esta crisis produjo también un torbellino de actividad panfletista: ADAM FERGUSON, *Reflections Previous to the Establishment of a Militia* (1756); anónimo, *Reflections on*

mercenarias fueron una vez más importadas de Hannover y Hesse. La última provocación habría de llegar ese mismo mes con la noticia de que tropas francesas habían desembarcado en Menorca.

Siguió una declaración formal de guerra con Francia. Una escuadra de diez barcos bajo el mando del almirante Byng fue despachada para liberar Menorca, pero Byng se demoró en llegar al teatro de operaciones y, una vez allí, fracasó en su intento de enfrentarse al enemigo con resolución. En lugar de ello, regresó a Gibraltar abandonando a la guarnición menorquina, que continuó luchando hasta que finalmente se rindió tras una gallarda defensa el 28 de junio de 1756. El público británico estaba indignado y se necesitaba un chivo expiatorio. Byng fue el único e inevitable candidato. Tras un consejo de guerra en febrero de 1757, fue fusilado al mes siguiente a bordo del HMS *Monarch*, atracado en Portsmouth.

Pero ahora los vientos de la guerra empezaban a girar a favor de Gran Bretaña. En el verano de 1756 el colapso de la diplomacia continental del primer ministro, el Duque de Newcastle, y su falta de idoneidad como líder en tiempos de guerra le llevaron a acercarse a William Pitt, el más efectivo orador de los Comunes del momento y un hombre cuya plataforma patriótica estaba demostrando ser popular entre la población y devastadora en la Cámara. Después de varios meses de maniobras y falsos comienzos, fue en el verano de 1757 cuando Pitt y Newcastle se pusieron a trabajar codo con codo, el último ya no como primer ministro sino como primer lord del Tesoro y el primero como la verdadera figura dominante tanto en el gabinete como en los Comunes.⁷⁶

El cambio en las políticas y el tono de la administración fue inmediato. El proyecto de ley de la milicia fue recuperado y, finalmente, fue aprobado por los lores en junio de 1757. Los mercenarios alemanes fueron enviados a casa y se crearon dos nuevos regimientos entre aquellos mismos clanes de las Tierras Altas que, apenas doce años antes, parecían amenazar la existencia misma del régimen de Hannover. Los colonos americanos fueron halagados, animados y seducidos para que hicieran mayores esfuerzos para su propia defensa y para la seguridad y extensión del imperio. A Federico el Grande, aliado de Gran Bretaña en el continente, se le apoyó generosamente con dinero y hombres para que las considerables fuerzas francesas que de otra manera podrían haber sido una molestia en América permanecieran indefinidamente en Europa Central. En menos de tres años la marina británica sumó 55.000 hombres y setenta barcos y, con ese refuerzo, el alcance operativo del poder británico fue transformado.

the Pre sent State of Affairs (1756); anónimo, *A Seventh Letter to the People of England* (1756); anónimo, *Some Short Observations on the Late Militia Bill* (1756).

⁷⁶ Sobre ese trabajo, véase RICHARD MIDDLETON, *The Bells of Victory: The Pitt-Newcastle Ministry and the Conduct of the Seven Years War*, Cambridge UP, 1985.

Reflections, de Montagu, se escribió como respuesta a estos acontecimientos. Estaba repleta de sentimientos a favor de la milicia y contra el uso de mercenarios. En el prefacio Montagu anuncia uno de sus principales temas:

Los argumentos que últimamente han expresado tantas plumas giran en torno a la actual conveniencia o la absoluta insignificancia de una milicia o a qué principios conducen más al poder, la felicidad, y la perduración de un pueblo libre.⁷⁷

Y en su capítulo final, ‘De la constitución británica’, en el que aplicó las lecciones de la antigüedad a la Gran Bretaña de su tiempo, Montagu volvió a la importancia de establecer una milicia:

Tan solo una gran milicia puede revivir el otrora marcial espíritu de esta nación, y más vale que seamos una nación de soldados, como nuestros renombrados ancestros, antes que una nación de abyectos esclavos arrodillados ante el pueblo más rapaz e insolente del universo [es decir, los franceses].⁷⁸

El apoyo de Montagu a una milicia implicaba naturalmente la oposición al uso de mercenarios, práctica ruinosa como enseñaba la historia antigua en todas partes, pero particularmente en el caso de Cartago:

Pues el número de nativos cartagineses del que tenemos noticia que hubiera en cualquiera de sus ejércitos, era tan extremadamente pequeño, que frente a él el de sus mercenarios extranjeros era desproporcionado. Este tipo de política, que prevalece de modo tan extendido en todos los Estados mercantiles, confieso que a primera vista parece extremadamente plausible. [...] Pero un pequeño detalle de las calamidades que ellos [los cartagineses] se buscaron con esta errónea política mostrará mejor los peligros que conlleva la admisión de mercenarios extranjeros en cualquier país donde los nativos no están acostumbrados al uso de armas. Una práctica hacia la que se es muy propenso en las naciones comerciales.⁷⁹

Y, basándose en Salustio, Montagu generalizó, a partir de la historia de Roma, el papel desempeñado en el socavamiento de la libertad civil por “ese instrumento de tiranía y opresión” que era el ejército permanente:

⁷⁷ E.W. MONTAGU, *Reflections on the Rise and Fall of the Ancient Republics*, ed. D. Womersley, Liberty Fund, Indianapolis, 2015, p. 3.

⁷⁸ MONTAGU, *Reflections*, p. 260. Para otros pasajes en que Montagu muestra claramente su apoyo a las milicias como institución, véanse pp. 40, 43, 44, 45, 86, 90, 106, 107, 130, 133, 146, 149, 212, 229, 237, 238, 256–57, 258, 259, 261, 262 y 263.

⁷⁹ MONTAGU, *Reflections*, p. 124. Para otros pasajes en que se ataca el uso de mercenarios, véanse pp. 25, 34, 35, 38, 71, 88, 114, 121, 122–23, 125, 127, 128, 130, 135, 228, 238, 254, 257 y 261.

Porque una vez que las ideas de respeto y homenaje se asimilan a la sola posesión de riquezas, el honor, la probidad, cada virtud y cada cualidad amable se considerarán baratas en comparación y sufrirán el desprecio que lo incómodo y anticuado producen. Pero como sea que el espíritu de libertad aún exista en algún grado en un estado que conserve el nombre de tal, aunque los modos de ese estado sean generalmente depravados, surgirá la oposición de aquellos virtuosos ciudadanos que conozcan el valor de su derecho de nacimiento, la Libertad, y nunca se someterán dócilmente a las cadenas de la discordia. La fuerza será entonces invocada en ayuda de la corrupción y se introducirá un ejército permanente. Un gobierno militar se establecerá sobre las ruinas de lo civil y toda autoridad y negocio serán eliminados por la arbitraria voluntad de un poder sin ley. El pueblo será esquilmado para pagar por sus propios grilletes y condenado, como el ganado, a un trabajo duro e incesante para el sustento de sus tiranos.⁸⁰

Atendiendo a lenguaje, sentimiento y argumento, no hay nada aquí que no se encuentre en las páginas de Trenchard y Moyle sesenta años antes. Pero las causas políticas en las que Montagu desplegaba ese arsenal lingüístico e intelectual eran muy diferentes. Su familia se había aliado con William Pitt, cuya estrategia imperial apoyaban.⁸¹ Un elemento importante de esa estrategia había sido la *Militia Bill* de 1756. Así como había sucedido con los defensores de una milicia en los años inmediatamente posteriores a la rebelión jacobita de 1745, el apoyo de Montagu a una milicia y su oposición al uso de mercenarios en 1759 no supuso ninguna oposición al mantenimiento de un ejército permanente hannoveriano, por muy perjudiciales que hubieran sido esas fuerzas permanentes en la antigüedad. De hecho, el propósito de una milicia en 1759 era precisamente reducir cargas y dar mayor eficacia al ejército profesional regular de Gran Bretaña en el cumplimiento de sus responsabilidades imperiales. Aunque el lenguaje de hostilidad hacia un ejército permanente aún perduraba, al final de la Guerra de los Siete Años ya nadie esperaba seriamente que se disolviera. Como muestra claramente la satírica *A Consultation On the Subject of a Standing Army* [Deliberación sobre el tema de un ejército permanente] (1763) de John Butler, este asunto solo preocupaba ahora a un variopinto grupo de vetustos políticos, mal avenidos e irrelevantes, y aún así solo oficialmente.

La milicia que finalmente se constituyó en 1759 contaba con un importante escritor en su cuerpo de oficiales, si bien es cierto que su grandeza se mostraría algunos años más tarde. Edward Gibbon, recién regresado de un período de residencia en Suiza tras su precipitada conversión al catolicismo romano, sirvió como capitán en el batallón sur de la milicia de Hampshire desde el 12 de junio de 1759 hasta el 23 de

⁸⁰ MONTAGU, *Reflections*, pp. 99, 180–81. Para otros pasajes que expresan el rechazo a un ejército permanente, véase pp. 172 y 256–57.

⁸¹ Para evidencia de este apoyo, véase *Reflections*, pp. 261–63. Sobre las conexiones de su familia con Pitt, véase *Reflections*, pp. xix–xx y n. 27.

diciembre de 1762.⁸² En el borrador B de sus *Memorias* (1789) Gibbon se complacía “con el recuerdo de un escena que no tiene parangón con ningún otro período de mi vida estudiantil y social”.⁸³ El relato de Gibbon nos sirve de lente para enfocar el estado del tema de las milicias y los ejércitos permanentes en el último tercio del siglo XVIII y para revisar el muy importante tratamiento que a esos temas dio Adam Smith en *La riqueza de las naciones*. Gibbon comienza con la misma idea de milicia:

La defensa del Estado puede ser impuesta al pueblo o puede ser delegada a un número selecto de mercenarios; el ejercicio de las armas puede ser un deber ocasional o un negocio aparte, y es esta diferencia la que forma la distinción entre una milicia y un ejército permanente.⁸⁴

A principios del siglo XVII la milicia se había deteriorado hasta ser “menos objeto de confianza que de ridículo”.⁸⁵ Pero el siglo siguiente había mostrado de qué forma un cambio necesario de política podía reconfigurar la opinión pública (las habilidades de síntesis narrativa que Gibbon había aprendido escribiendo la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* se muestran de manera impresionante en este pasaje):

La impotencia de tan indignos soldados fue suplida desde la era de la restauración por el establecimiento de un cuerpo de mercenarios. El final de cada guerra aumentaba el número de los que se mantenían de servicio y, aunque su incremento era controlado por el celo de la oposición, el tiempo y la necesidad reconciliaron, o al menos acostumbraron, a un país libre con la perpetuidad de la anualidad de un ejército permanente.⁸⁶

Este crecimiento gradual de la aceptación pública de un ejército permanente creó, sin embargo, una oportunidad retórica para aquellos que se veían a sí mismos como “patriotas” (palabra que Gibbon emplea con el desdeñoso sentido que Samuel Johnson le diera: el de agitadores facciosos que, en nombre de la “libertad”, en realidad solo buscan su propio beneficio):

El fervor de nuestros patriotas, tanto dentro como fuera del Parlamento (no puedo añadir, tanto dentro como fuera del gobierno), se lamentó de que la espada hubiera sido robada de las manos del pueblo. Apelaron al victorioso ejemplo de griegos y romanos, entre los que cada ciudadano era un soldado, y aplaudieron la felicidad y la independencia

⁸² GIBBON, *Autobiographies*, pp. 183, 188.

⁸³ GIBBON, *Autobiographies*, pp. 177–78.

⁸⁴ GIBBON, *Autobiographies*, p. 178.

⁸⁵ GIBBON, *Autobiographies*, p. 178.

⁸⁶ GIBBON, *Autobiographies*, p. 179.

de Suiza, que, en medio de las grandes monarquías europeas, está suficientemente defendida por una milicia constitucional y eficaz.⁸⁷

Pero Gibbon, historiador del Imperio Romano y residente en el Cantón de Vaud, insistió en que tanto el ejemplo romano como el suizo estaban mal adaptados a las circunstancias de la Inglaterra de finales del siglo XVII y principios del XVIII. Los “patriotas” habían ignorado “los cambios modernos en el arte de la guerra y la insuperable diferencia de gobierno y costumbres”, a los que Gibbon era sensible por su experiencia literaria y militar.⁸⁸ Además, tomar como ejemplo la milicia suiza sin comprender las muy diferentes circunstancias políticas de los cantones (y en particular la ligereza de su fiscalidad) era engañar y, quizás, también llevarse a engaño. En cuanto a los romanos, aunque su *manus* era técnicamente una milicia en las últimas etapas de la República, la duración de las campañas en las que se empleó y las consiguientes mejoras en disciplina y técnica hicieron que se “transformara en un ejército permanente”.⁸⁹

La afirmación de Gibbon de que la milicia romana había mutado en un ejército permanente es una formulación sorprendente. Fue una metamorfosis que se repitió, aunque de manera imperfecta, en la Inglaterra del siglo XVIII, ya que la milicia continuó existiendo aun después de que cualquier amenaza real de una invasión francesa hubiera sido destruida por la victoria de Hawke en la bahía de Quíberon (el 20 de noviembre de 1759). Esta prolongación en el servicio exigía que la milicia sirviera más allá de sus condados natales, se sometiera a una disciplina militar y recibiera a cambio un pago. El resultado fue un cambio de carácter:

Lejos de sus respectivos condados, estos cuerpos provinciales fueron estacionados, retirados y acampados bajo las órdenes del secretario de guerra: oficiales y tropa fueron entrenados en el hábito de la subordinación, y no es sorprendente que algunos regimientos asumieran la disciplina y apariencia de tropas veteranas. Con tales habilidades pronto llegó el espíritu mercenario y el carácter de milicia se perdió. Así, bajo ese nombre engañoso, la corona había adquirido un segundo ejército más costoso y menos útil que el primero.⁹⁰

Sin embargo, esta degeneración de la milicia en la semblanza de un ejército permanente había producido al menos una consecuencia positiva, si bien no intencionada:

⁸⁷ GIBBON, *Autobiographies*, p. 179.

⁸⁸ GIBBON, *Autobiographies*, p. 179. Véase también el famoso comentario: “El capitán de los granaderos de Hampshire (quizá el lector se sonría) no ha carecido de utilidad para el historiador del Imperio romano”.

⁸⁹ GIBBON, *Autobiographies*, p. 180.

⁹⁰ GIBBON, *Autobiographies*, p. 182.

El efecto más beneficioso de esta institución fue erradicar entre los caballeros campesinos las reliquias de los prejuicios *tories* o más bien jacobitas. La ascensión al trono de un rey británico los reconcilió con el gobierno e incluso con la corte; pero desde entonces han sido acusados de transferir su lealtad pasiva de los Estuardo a la familia de Brunswick, y he oído al señor Burke exclamar en la Cámara de los Comunes: “Han cambiado el ídolo, pero han preservado la idolatría”.⁹¹

El análisis de Gibbon sobre las consecuencias sociales de la milicia —a saber: que había convertido a la nobleza campesina *tory* en adeptos a la dinastía hannoveriana— contrasta vivamente con las sospechas hacia la corona que habían motivado a los defensores de una milicia en 1697-98. Se trata de un resultado paradójico que bien podría merecer las reflexiones de una mente filosófica.

La perspicacia de Gibbon sobre cómo una milicia podría convertirse en un ejército permanente se muestra en todo su esplendor cuando recordamos cómo esas dos instituciones habían sido objeto de debate entre los dos bandos en la controversia guillermina. En aquel momento maquiaveliano parecía que las milicias y los ejércitos permanentes eran tan diferentes en su esencia que no había posibilidad de conversión entre ellos. De hecho, todo el argumento contra los ejércitos permanentes se basaba en la suposición de que las milicias eran, por definición, refractarias a las tentaciones políticas que los ejércitos permanentes eran constitutivamente incapaces de resistir. Pero si las milicias y los ejércitos permanentes eran de hecho mutuamente reductibles, tal y como una generación después se pudo observar, ¿dónde quedaban los argumentos de ambas partes en la disputa de 1697-98?

Al mostrar esa reductibilidad mutua entre milicias y ejércitos Gibbon estaba siguiendo el argumento especulativo e histórico de su amigo Adam Smith. En el primer capítulo del libro quinto, titulado ‘Sobre el gasto en defensa’, de *La riqueza de las naciones*, Smith había afirmado repetidamente la necesaria y natural superioridad de un ejército permanente sobre una milicia:

Una milicia, sea cual sea la forma en que haya sido disciplinada o adiestrada, será siempre muy inferior a un ejército permanente bien disciplinado y entrenado.

La historia de todas las épocas, descubriremos, da testimonio de la irresistible superioridad que un ejército permanente bien regulado tiene sobre una milicia.

Un ejército permanente bien regulado es superior a todas las milicias. [...] Por tanto, solo por medio de un ejército se puede perpetuar la civilización de cualquier país o incluso preservarla durante un tiempo considerable.⁹²

⁹¹ GIBBON, *Autobiographies*, p. 182.

⁹² A. SMITH, *Wealth of Nations*, V.i.a.23; V.i.a.28; V.i.a.39. Sin embargo, en su correspondencia Smith negaría que su análisis equivaliera a un retiro total de las

Sin embargo, Smith también se esforzó en varios puntos de ese capítulo de *La riqueza de las raciones* en mostrar cómo una milicia largamente establecida podía rivalizar con la destreza profesional de un ejército permanente:

Hemos también de tener en cuenta que una milicia de cualquier tipo que haya servido durante varias campañas sucesivas en el campo de batalla, se convertirá en todos los aspectos en un ejército permanente. Los soldados se ejercitan todos los días en el uso de sus armas y, al estar constantemente bajo el mando de sus oficiales, se habitúan a la misma pronta obediencia que sucede en los ejércitos permanentes. Lo que fueran antes de llegar al campo de batalla es de poca importancia: tras unas pocas campañas se transforman necesariamente en un ejército regular en todos sus aspectos. Si la guerra en América se prolonga durante otro período, la milicia americana podrá rivalizar en todo con un ejército permanente, puesto que en valor ya lo hizo en la última guerra [es decir, la Guerra de los Siete Años], por lo menos con el de los más duros veteranos de Francia y España.⁹³

La implicación era clara. De acuerdo con Trenchard y Moyle, Smith sostuvo que no había una distinción esencial e inmutable entre las milicias y los ejércitos permanentes. Cada uno podía mutar en el otro bajo la presión de las circunstancias cambiantes; y esta era la verdadera lección que se podía aprender de la historia del militarismo en el apogeo de la República romana. Maquiavelo había considerado aquellos años como ilustrativos de la invencibilidad de una milicia ciudadana. Pero Smith vio la historia de aquel período de manera muy diferente y su penetrante análisis bien vale ser citado ampliamente:

Desde el final de la primera al comienzo de la segunda guerra púnica, los ejércitos de Cartago estuvieron permanentemente desplegados al mando consecutivo de tres grandes generales [...] El ejército que Aníbal llevó de España a Italia debió ir formándose gradualmente en la disciplina de un ejército regular en aquellas guerras. Entre tanto, los romanos no habían considerado estar en un período de paz a pesar de que no se vieron envueltos en ninguna contienda considerable y su disciplina militar se había relajado en buena medida. Los ejércitos romanos que Aníbal se encontró en Trebia, Trasímeno y

milicias. En abril de 1760, escribiendo a Strahan, expresó su preocupación sobre que una reciente publicación (las *Memoirs* de Hooke) pudiera “desalentar los planes para nuestra milicia”. En octubre de 1780, escribiendo a Andreas Holt, se defiende de la acusación de denigrar a las milicias: “Un caballero de nombre Douglas, ha escrito contra mí. [...] Él cree que, porque insisto en que una milicia es en todos los casos inferior a un ejército permanente bien regulado y disciplinado, desapruero las milicias completamente. Con respecto a ese tema resulta que somos de la misma opinión” (*The Correspondence of Adam Smith*, ed. de E. Campbell Mossner y I. Simpson Ross, Liberty Fund, Indianápolis, 1987, pp. 68 y 251).

⁹³ *Wealth of Nations* V.i.a.27.

Cannas eran más una milicia que un ejército regular. Esta circunstancia contribuyó probablemente a determinar el resultado de esas batallas. [...]

Aníbal sufría de problemas de abastecimiento desde Cartago. La milicia romana, al estar constantemente desplegada, se convirtió con el correr de la guerra en un ejército regular disciplinado y adiestrado y la superioridad de a Aníbal fue disminuyendo poco a poco. Asdrúbal consideró oportuno llevar al grueso del ejército que comandaba en España en ayuda de su hermano en Italia. Se dice que en su marcha a través de un país que desconocía fue engañado por sus guías y fue sorprendido, atacado y derrotado por otro ejército que, en todos los aspectos, era igual o superior al suyo.

Cuando Asdrúbal hubo abandonado España, el gran Escipión no encontró oposición alguna salvo una milicia inferior a la suya. Conquistó y sometió esa milicia y, en el curso de la guerra, su propia milicia se convirtió en un ejército permanente bien disciplinado y bien ejercitado. Ese ejército permanente fue llevado después a África, donde una vez más no encontró más que una milicia como toda resistencia. Para defender Cartago fue necesario reclamar el regreso del ejército de Aníbal. La milicia africana, descorazonada y acostumbrada a la derrotada, se unió a él y aportó la mayor parte de tropas con las que contó Aníbal en la batalla de Zama. Lo que aquel día aconteció selló el destino de las repúblicas rivales.⁹⁴

La conclusión antimachiaveliana de Smith era ineludible: “Desde el final de la segunda guerra púnica hasta la caída de la República, los ejércitos de Roma fueron ejércitos permanentes a todos los efectos”.⁹⁵ Sin embargo, en la etapa posterior del Imperio, la metamorfosis se revirtió al relajarse la disciplina militar: “Lo civil llegó a predominar sobre el carácter militar y los ejércitos permanentes de Roma degeneraron gradualmente en una milicia corrupta, descuidada e indisciplinada, incapaz de resistir el ataque de las milicias germanas y escitas que, poco después, invadieron el Imperio de Occidente”.⁹⁶

Smith no solo rechazó la creencia de los *whigs* del XVII de que las milicias y los ejércitos permanentes fueran completamente diferentes en esencia. También desafió su fe en que las milicias se encontraban intrínsecamente unidas a la libertad, mientras que los ejércitos permanentes traían inevitablemente la servidumbre a su paso:

Los hombres de principios republicanos han recelado del ejército permanente por el peligro que constituye para la libertad. Y no les falta razón, toda vez que el interés del general y los más altos oficiales no sea necesariamente el apoyo a la constitución del estado. El ejército permanente de César destruyó la República romana. El ejército permanente de Cromwell echó a la calle al Parlamento Largo. Pero cuando el soberano es el general y la alta aristocracia y la nobleza

⁹⁴ *Wealth of Nations* V.i.a.31-34.

⁹⁵ *Wealth of Nations* V.i.a.35.

⁹⁶ *Wealth of Nations* V.i.a.36.

campesina los altos oficiales del ejército, cuando la fuerza militar está bajo el mando de aquellos que mayor interés tienen en apoyar la autoridad civil al detentar ellos mismos la mayor parte de esa autoridad, entonces un ejército permanente nunca puede ser un peligro para la libertad. Antes bien, en algunos casos puede ser favorable a la libertad. La seguridad que da al soberano hace innecesarios las molesta suspicacia que en algunas repúblicas modernas parecen escudriñar cada mínima acción, siempre dispuesta a perturbar la paz de cada ciudadano. Cuando la seguridad de los magistrados, aunque apoyada por los elementos más destacados del país, se ve amenazada por cada descontento popular, cuando un pequeño tumulto es capaz de provocar en pocas horas una gran revolución, toda la autoridad del gobierno debe emplearse en la supresión y castigo de cada murmuración y queja contra ella. Por el contrario, a un soberano que se siente apoyado, no solo por la aristocracia natural del país sino por un ejército regular bien organizado, las protestas más groseras, más infundadas y más licenciosas apenas lo perturbarán. Puede perdonarlas o ignorarlas sin peligro y, de hecho, la conciencia de su superioridad le dota de una inclinación natural a hacerlo. Una libertad tan cercana al libertinaje solo puede ser tolerada en países donde el soberano está protegido por un ejército permanente y disciplinado. Solo en esos países la seguridad pública no requiere confiar al soberano ningún poder discrecional para suprimir la temeridad impertinente de esta licenciosa libertad.⁹⁷

Con esta devastadora conclusión se firmó la sentencia de muerte de los viejos prejuicios de los conservadores en contra de los ejércitos permanentes.

34

CONCLUSIÓN. Cuando desde la seguridad de la época victoriana Macaulay revisó el debate sobre los ejércitos permanentes, desatado tras el Tratado de Rijswijk, le pareció una controversia puramente histórica puesto que las opiniones al respecto habían sido modificadas y mejoradas:

Ningún hombre sensato ha mantenido seriamente en nuestros días o en los días de nuestros padres que nuestra isla pudiera estar segura sin un ejército. Y, aunque nuestra isla estuviera perfectamente a salvo de un ataque, un ejército seguiría siendo indispensable para nosotros. El crecimiento del imperio no nos ha dejado otra opción. Las regiones que hemos colonizado o conquistado desde la llegada de la Casa de Hannover tienen una población más de veinte veces superior a la que gobernaba la Casa Estuardo. Hay más soldados ingleses al otro lado del trópico de Cáncer en tiempos de paz hoy que los que Cromwell tuvo bajo su mando en tiempos de guerra. Todas las tropas de Carlos II no habrían sido suficientes para guarnecer los puestos que ahora ocupamos solo en el Mediterráneo. Los regimientos que defienden los puestos más remotos de la Corona no podrían ser debidamente reclutados ni relevados, a menos que una fuerza mucho mayor que la que Jacobo II reunió en

⁹⁷ *Wealth of Nations* V.i.a.41. Smith se bate de nuevo con los prejuicios whigs de finales del XVII argumentado que la invención de la pólvora, “que a primera vista pareció pernicioso”, favoreció de hecho el mantenimiento de la civilización (V.i.a.44).

Hounslow con el propósito de someter la capital se mantuviera constantemente dentro del reino. La antigua antipatía nacional por los ejércitos permanentes, antipatía que una vez fuera sana y razonable pero que perduró aun después de haberse vuelto irracional y nociva, ha cedido gradualmente a la irresistible fuerza de las circunstancias. Hemos descubierto que un ejército puede estar constituido para ser totalmente eficiente contra el enemigo y al mismo tiempo obediente a la magistratura civil. Hace tiempo que dejamos de ver como un peligro para la ley y la libertad los desmanes de las tropas y la ambición de los generales victoriosos. Un alarmista que hoy utilizara un lenguaje como el que era habitual hace cinco generaciones y pidiera la completa disolución de las fuerzas terrestres del reino, advirtiendo con toda seriedad que las tropas que lucharon en Crimea y la India iban a deponer a la Reina, disolver el Parlamento y saquear el Banco de Inglaterra, sería considerado apto, como mucho, para ocupar una celda en el Hospital para Lunáticos de San Lucas.⁹⁸

Hoy en día, lo que quizá parezca anticuado es la absoluta confianza de Macaulay en la resolución definitiva del problema de reconciliar la posesión de una fuerza letal con la protección de la libertad y la sociedad civil.

Las formas que ese problema ha tomado en las últimas décadas — como la amenaza del “cesarismo” en Estados Unidos, tan temido por Gore Vidal tras la Segunda Guerra Mundial o, más recientemente, la alarmante duración de los regímenes militares en Oriente Medio— parecen muy diferentes a la vieja controversia sobre el ejército permanente que animó el Parlamento y los cafés de Londres en 1697-98. Sin embargo, hay una afinidad subyacente a esa aparente desigualdad y es esa afinidad la que da a los panfletos reunidos en este volumen importancia e interés duraderos.

Traducción de Ricardo Bonet

⁹⁸ MACAULAY, *History*, 6: 2731–32.